

# BERENICE ROMANO HURTADO •

*Si se me pide explicar por qué escribo, sólo sé hacerlo por medio de la escritura, lo que me lleva a deducir que para mí el acto creativo y su reflexión están en un mismo plano dentro de mi proceso de trabajo. Esto se debe, sobre todo, a mi relación con la literatura, que si por un lado es, lo que se dice, académica, por otro, es aquella que me permite sentir, en la imaginación, emociones ajenas.*

*Estos dos polos reflejan tanto mi experiencia como crítica e investigadora literaria, cuanto mi trabajo creativo. Sin embargo, debo confesar que cuando traté de diferenciar lo académico de lo creativo, me costó encontrar una definición que valiera sólo para una y que la distinguiera de la otra. Lo cierto es que no lo logré porque, mientras para algunos académicos es fácil catalogar lo creativo como una tarea de menos rigor, y en ciertos creadores es frecuente escuchar que la crítica es una labor desangelada y sin inspiración, para mí ambas —crítica y creación— son partes equivalentes de lo que es la literatura.*

*El acto creativo dona a la investigación su inventiva e incrementa la capacidad heurística que toda escritura merece; sin imaginación no se puede descubrir, no se desarrolla la curiosidad y, finalmente, se hace imposible el camino de seleccionar un tema, apasionarse por él y comprenderlo en toda su complejidad. La investigación, por su parte, en mi escritura, me hace más atenta a los fragmentos de vida, que no asimilo en anécdotas, como a muchos debe pasarles, sino en fotografías, en trozos de movimiento y acción, que atraen mis sentidos y que me mueven a narrar. De ahí que el deslizar de unas manos me hable de su dueño, que una mueca me atraiga para ser descrita o que el sonido de unos pasos de alguna forma me recuerde el sonido de ciertas palabras. En mi trabajo, cada uno de estos signos es parte de un montón de datos sueltos que más tarde, quizá mucho más tarde, me ayuden a contar una historia.*

*Creo sinceramente que el proceso creativo entre una y otra persona no varía demasiado; mientras el amor por la literatura sea el denominador común, el resto no son más que palabras y combinaciones infinitas de ellas.*

*¿Por qué escribo? Porque me gusta la experiencia que es la vida, y porque estoy convencida de que las vivencias de la literatura son más profundas y, finalmente, más reales que lo que, quizá por confusión, hemos llamado "mundo real".*

## El hombre

EL HOMBRE ya estaba en el coche cuando entré. O eso me pareció; el momento en que yo busqué las llaves en mi bolso le bastó a él para ocultarse en el asiento de la derecha. Abrí los seguros con el control y fue cuestión de segundos que lo encontrara a mi lado con una navaja apoyada en mi costado.

Había planeado el momento muchas veces, siempre con el temor de hacer lo incorrecto, de provocar la ira de mi agresor. Pero este era el tipo de situaciones que no se pueden prevenir: lo miré directo a los ojos, sin poderlo evitar, y con el único pensamiento de que me mataría por atreverme a hacerlo. En realidad estaba petrificada, todo lo que corría de un lado a otro por las paredes de mi cabeza era la idea de que iba a morir, y lo miraba, casi resignada, en espera de que pasara rápido. Es increíble la elasticidad del tiempo; sé que sólo fueron unos segundos, pero me bastaron para imaginar la sensación del frío entre mi carne, y de la tibieza que vendría luego y que se extendería por todo mi cuerpo en una mancha indeleble.

"Arranca", fue el sonido, casi indescifrable, que me atravesó el tímpano y me trajo con violencia al presente, lejos del futuro que creía adivinar. No me costó introducir la llave, con un movimiento mecánico me puse el cinturón de seguridad; eso exasperó al hombre. "Arranca", me dijo con un grito apretado en su garganta, como si quisiera reprimir el odio que me tenía para no matarme ahí mismo.

No podía evitarlo; desde que lo miré a los ojos me había ido lejos y ahora estaba en medio de una irrealidad que me hacía sentir sin peso, sin fuerza, casi indiferente. El ahora de aquel hombre no me pertenecía, y estuve cerca de sentir lástima al ver cómo se esforzaba en planear lo que ya estaba vivido.

Salí del estacionamiento y seguí el sentido de la calle. Sin querer, pronto nos confundimos entre los miles de autos de colores que luchaban por tener un destino. Yo había perdido la prisa. Mi piel ya estaba familiarizada con la punta del cuchillo; el metal había imitado la tibieza que bajaba por mi seno, así que ya casi no lo sentía. El hombre no sabía a dónde ir; o quizás sí, pero en medio del marasmo de bocinas y láminas estaba confundido. No decía nada, pero yo podía sentir cómo el filo de su mano temblaba sobre mi piel.

Quiso retomar el control, y después de unos minutos en el caos, sin hablar comenzó a señalarme por dónde tenía que ir. Entramos por varias calles, siempre doblando hacia el fondo, lejos de la gente. Después de algunas vueltas se atrevió a

alejar la navaja de mi cuerpo y me pareció que se relajaba un poco sobre el asiento. Mientras no me lo indicaba, yo conducía en línea sin dejar de pensar en el futuro, en qué era lo que el hombre quería, en si se llevaría el coche y mi bolsa o en si sólo me buscaba a mí. Las opciones iban y venían, y de pronto, de tanto pensarlo, me pareció claro que me quería a mí y que yo debía estar consciente de ello para que, llegado el momento, el temor no me llevara por un camino equivocado.

Sin saber por qué lo hacía, con un movimiento lento me desabroché el cinturón de seguridad. El hombre, que no dejaba de mirarme, vio lo que hacía y no lo impidió. El sonido del broche que liberó mi cuerpo lo sorprendió, y creo que dentro de él, lo asustó. Yo seguía conduciendo, sin desobedecer el semáforo y hasta cediendo el paso; por fuera nadie habría podido notarlo, pero en el coche aquel hombre y yo estábamos tratando de definir nuestro porvenir. ¿Cuál sería nuestra relación?: ¿la del asesino y su víctima?, o quizás la del violador y una mujer tirada en la calle. En el momento en que me quité el cinturón no podía saberlo, pero sí me di cuenta de que ya no podría ser tan sólo la del ladrón y la dueña del coche.

En el espacio que habitábamos, el movimiento de la correa que se desprendió de mi pecho fue casi una provocación. El hombre me miró, expectante, y después de unos segundos me preguntó por qué lo había hecho. "No lo sé", respondí sin mirarlo, y entonces me pareció que se ponía incómodo: le molestó creer que algo pasaba y no saber. De alguna forma, a pesar de que si quería podía estirar su mano, tan sólo un poco, y matarme, prefirió mantenerse en su postura y mirar lo que yo hacía. No sé por qué, pero sus ojos fijos en mí me daban confianza, así que me atreví a tomar decisiones. Doblé en una calle de la que huiría en circunstancias normales; en realidad era un callejón que terminaba en un recoveco que desde la entrada no podía verse. Me estacioné en ese rincón, entre unos árboles que con sus hojas secas hacían un ruido extraño cuando el viento las movía.

En cuanto el hombre vio el sitio, me lanzó una mirada que era el odio y el miedo juntos. No comprendía, no sabía nada, eso era lo peor para él. Después de que apagué el motor permanecí quieta unos segundos, con la vista fija en un punto de la sucia pared que tenía enfrente. Quería que el hombre se sosegara, que se diera cuenta de que yo no planeaba nada, que me estaba entregando. Cuando él comenzó a observar con más cuidado dónde estábamos, supe que empezaba a calmarse, así que me atreví y encendí la radio. Estaba una vieja canción de los setenta que me gustaba mucho porque me recordaba mi niñez; en ese momento me sonó triste y su letra me pareció una broma, "*killing me softly with his song...*". Creo que fue ese el instante en que el hombre creyó entenderlo todo: se había topado con una demente. Pude percibir una leve sonrisa que reflejaba placer y desprecio, pero lo que me confirmó por completo su tranquilidad fue que aflojó, apenas un poco, el puño que hasta entonces había asfixiado el mango de su cuchillo.

La canción, con su melodía cadenciosa, nos calmó a los dos y creo que por unos



CITLALI ORIHUEL

segundos nos olvidamos el uno del otro. En realidad, él daba vueltas a un plan. Su mano en mi pierna me devolvió al auto, junto a él. No me sobresalté cuando a través de la media percibí su piel, más fría que el cuchillo; me sorprendí, en cambio, porque en ese instante supe que en realidad nunca me quiso a mí. Creo que por instinto giré el cuerpo hacia él para quedar de frente; con mi movimiento, la falda se subió un poco más y el hombre me sonrió directo a los ojos, cómplice de algo que yo no comprendía. Con la mano derecha seguía recorriendo mi muslo mientras, con la izquierda, sin soltar el cuchillo, se apoyaba sobre mi asiento, muy cerca de la otra pierna. Sentí cómo la mano que me tocaba latía más rápido sobre mí, y entonces el hombre se animó a besarme. Permanecí quieta y respondí al beso con la misma intensidad con la que lo recibía. Esto lo alentó, y en su deseo de acercarse más empujó la mano izquierda y me abrió la piel del muslo. Contuve la respiración, él se apartó de mí y miró con miedo mi pierna.

No pensé más en lo que hacíamos; tan rápido como él había entrado en mi vida, yo le arranqué el cuchillo de su mano asustada y lo penetré, muy dentro en las entrañas, donde no pudiera olvidarme. La resistencia de su piel, que yo creía como de arena inhóspita, me trajo a una realidad que me dolió; busqué consuelo y me apoyé en su cuerpo frío desde siempre que, ahora abierto, nos cubría con un calor indeleble. LC